

## PIO XII Y LA TEOLOGIA NUEVA

por J. A. DE ALDAMA, S. I.

**SUMMARIUM.**—*Instituatur comparatio inter enc. "Humani Generis" et enc. "Pas-cendi", examinatis adiunctis in quibus convenire videntur errores, quos utraque encyclica condemnat. Tangitur deinde quaestio alicuius possibilis dependentiae historicae inter eosdem errores. Explicatur tandem positiva contributio enc. "Humani Generis" ad rectam evolutionem theologiae.*

El Pontificado Romano ha obtenido en el último siglo figuras destacadas en todos los órdenes. De Pío IX a Pío XII la egregia serie de los Papas ha llenado el mundo con su actuación múltiple y vigilante donde quiera que lo han exigido los deberes sagrados de su augusto ministerio.

Parte muy principal de esos deberes la forma el oficio de Doctor universal en la Iglesia de Jesucristo. Guardar intacto el depósito de la revelación, proponerlo infaliblemente a los fieles, defenderlo de las acometidas de los errores y de las contaminaciones extrañas, es un deber sacratísimo del Pontífice Romano, como es un beneficio inestimable hecho a su Iglesia y a los cristianos por su Divino Fundador. Gracias a ese oficio, salvaguardado por la infalibilidad, la revelación se mantiene en la Iglesia incontaminada y nuestra fe tiene seguridad de inmolarse en aras, no de fantásticas ilusiones, sino del divino testimonio que nos transmitió la palabra de Dios.

El magisterio doctrinal de los Pontífices del último siglo es todo él destacadísimo. Los nombres de Pío IX, de León XIII, de Pío XI han quedado ya en la historia del dogma y de la teología aureolados con una corona inmarcesible de inmortalidad. Sin embargo, al exaltar hoy el magisterio dogmático de Pío XII, nos viene espontáneamente a la memoria el nombre y la figura excelsa de San Pío X, porque existe entre ambos Pontífices una aproximación ideológica, una semejanza de actuación doctrinal, una identidad de situaciones históricas, que enlazan para siempre esos dos nombres y esas dos augustísimas figuras en el desarrollo vital de la teología católica.

"Salmanticensis", 3 (1956).

## I

Sin duda el magisterio doctrinal de San Pío X no culminó en los esplendores de una definición *ex cathedra*. Sin duda no vió el Santo Pontífice la gloria de un 1.º de noviembre, en la grandiosa plaza de San Pedro, con el estremecimiento de la cristiandad entera ante la voz infalible del Vicario de Cristo que promulgaba un nuevo dogma.

Cierto que no le fué dado a Pío X enseñar a la Iglesia las misteriosas profundidades del Cuerpo Místico de Cristo, ni encauzar las tendencias no siempre rectas en las actuaciones litúrgicas, ni decidir viejas e inquietantes contiendas en la esencia del sacramento del Orden, ni puntualizar los más variados problemas morales suscitados por la complejidad siempre creciente de la vida moderna.

Los aproxima sin embargo en el terreno doctrinal la Reina del Cielo, como los aproxima en el pastoral el empeño por facilitar a las almas el convite eucarístico. A distancia de medio siglo la suave y apacible luz de la Inmaculada ha nimbado las sienes de ambos Pontífices, dejándonos uno su recuerdo imperecedero del cincuentenario en la magnífica encíclica «*Ad diem illum*», y el otro su conmemoración del centenario dogmático en la encíclica «*Fulgens Corona*» y en la bellísima actividad doctrinal del Año Mariano, coronado con la institución de la fiesta de la Realeza de Nuestra Señora y con las credenciales de su regia potestad en las bellas páginas de la encíclica «*Ad Coeli Reginam*».

Mas esto no es todo. Las dos egregias figuras, que a principios y a mediados del siglo XX han inmortalizado con su magisterio dogmático la cátedra de San Pedro, están históricamente unidas en la defensa valiente del tesoro de la fe y del depósito de la revelación, amenazado de raíz no en una verdad o en un dogma, sino en su vista de conjunto, en su interpretación ideológica, en sus fundamentos racionales. Contra lo que él mismo llamó «colección de todas las herejías», se alzó vibrante la voz de Pío X; contra las nuevas opiniones, «que amenazan destruir los fundamentos de la doctrina católica», se ha levantado no menos vibrante la voz de Pío XII. En ambos casos no se trataba de un error particular, no se atentaba contra un dogma concreto. Los peligros eran inmensamente mayores, como que se referían al depósito mismo de la revelación y a su exposición humana en el dogma y en la teología.

Comprendéis que estoy aludiendo al Modernismo y a la Teología Nueva; a la encíclica «*Pascendi*», con los demás documentos que le están unidos, y a la encíclica «*Humani Generis*» con la serie de actuaciones pontificias que la prepararon.

No intentamos de momento establecer un lazo ideológico entre ambas situaciones históricas. Veremos luego que ese punto puede ser muy discu-

tido, siquiera no falten indicios suficientes al menos para poner el problema. Ahora basta enfrentar en sus líneas externas esas dos situaciones para comprender su evidente semejanza, y basta comparar las dos actuaciones pontificias a que dieron origen para establecer su paralelismo indiscutible. Hasta en el detalle de los nombres y de los títulos existe el paralelismo histórico: «Modernismo» fué una apelación, puesta por Pío X y de la que protestaron los modernistas; «Teología Nueva» ha sido igualmente un título que brotó de los labios de Pío XII y contra el que han protestado los teólogos por él aludidos.

La actitud de los espíritus, y muy especialmente la de los cultivadores de las ciencias sagradas a principios de siglo, tiene evidentemente muchos rasgos de semejanza con la actitud de los mismos a mediados de siglo. La despiadada y demoledora crítica kantiana con sus derivaciones filosóficas, llenó los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX con un ambiente de criticismo en el que era demasiado fácil no se levantase el viento helado del escepticismo, capaz de agostar los mejores frutos de la metafísica y de la teología especulativa. Era obvio denunciar la actitud de los pensadores católicos como excesivamente dogmática y por lo mismo como radicalmente anticientífica e incapaz de presentarse frente a la ciencia del día. A los derechos desconocidos de la razón destronada se sustituían los derechos prevalentes de la acción, del sentimiento y de la vida. Y por si fuera poco, también la historia, erigida en nueva ciencia, imponía inexorablemente sus leyes evolucionísticas, en las que habrían de quedar aprisionadas las verdades teológicas y los dogmas, ellos también, como las otras manifestaciones de la cultura humana, explicables solamente bajo las coordenadas históricas del tiempo y del espacio. Toda esta múltiple efervescencia de los espíritus no podía menos de fermentar en una peligrosísima reacción. Esa reacción fué el Modernismo de principios de siglo.

Sus fautores procedían de las aulas católicas. Su tarea no quería ser demoledora, sino constructiva. Su intención era incluso apologética. Pretendían defender los fundamentos de la razón y de la fe. Pero de un modo digno del siglo XX. Los siglos del dogmatismo habían pasado, la actitud crítica se imponía. Era preciso atender a los nuevos problemas que suscitaba el progreso de las ciencias y de la historia. Era necesario revisar las viejas posiciones metafísicas, rehacer desde sus cimientos las concepciones teológicas, intentar una historia de los dogmas libre de prejuicios dogmáticos, renovar con alres nuevos las exégesis de la Escritura, acomodarlo todo a los tiempos modernos, adaptarlo a las preocupaciones del siglo. Tarea difícil para determinar en cada caso lo que había que dejar y lo que había que tomar, lo que era lastre que precisaba echar por la borda y lo que era elemento constructivo que urgía integrar en el edificio teológico y en la construcción dogmática, viniera de donde viniera.

Con estos rasgos se ha descrito hace años la actitud interna que dió

lugar al Modernismo <sup>1</sup>. No sé si puede dudarse siquiera que esa actitud psicológica e ideológica encuentra en nuestros días un paralelismo de líneas fuertemente señaladas. El ambiente de fracaso que han acusado los espíritus después de dos grandes guerras, en que todo ha parecido derrumbarse como se han derrumbado los más venerables monumentos con el estallar de las bombas y el pasar de los ejércitos, lo ha vuelto a llenar todo de escepticismo y de crítica desenfadada. En ese ambiente la vieja construcción de la teología y la férrea proposición de las fórmulas dogmáticas no podían tampoco escapar a la acción demoledora de la crítica. De nuevo ha acudido a los labios la acusación de dogmatismo contra la teología, actitud hoy menos que nunca inteligible, cuando las inteligencias se hacen cada día más flexibles, ensanchan alegremente sus horizontes y confiadamente se abren a todas las posibilidades. Mientras tanto, una concepción evolucionista de todo pensar y de todo existir humano ha invadido nuestro siglo como una nueva categoría del espíritu, queriendo imponer universalmente sus leyes inexorables o sus derechos inapelables. Y se ha vuelto a sentir otra vez la reacción. Una reacción semejante a la de hace cincuenta años, como eran semejantes los factores históricos que la originaban.

También ahora brotaba la reacción en las mismas aulas teológicas. También ahora se quería construir, no demoler. También se pretendía hacer una benéfica obra apologética. Pío XII nos ha dicho que «no faltan hoy quienes se han atrevido a proponer en serio la duda de si conviene, no sólo perfeccionar, sino aun reformar completamente la teología y los métodos tradicionales, a fin de que se propague con más eficacia el reino de Cristo en todo el mundo, entre los hombres de todas las civilizaciones y de todas las opiniones teológicas» <sup>2</sup>. Es decir, que se pretende «despojar el dogma de todos los elementos que llaman extrínsecos a la revelación divina para poderlo comparar fructuosamente con las opiniones de los que están separados de la unidad de la Iglesia, llegando así poco a poco a la asimilación del dogma católico con las opiniones de los disidentes» <sup>3</sup>. El ideal soñado consistía en llegar a formular el dogma con las categorías de la filosofía moderna, inmanentismo, idealismo, existencialismo, y en que «la Teología, según los diversos sistemas filosóficos que en el decurso del tiempo le sirven de instrumento, vaya sustituyendo los antiguos conceptos por otros nuevos, de suerte que en maneras diversas y hasta cierto punto aun opuestas, pero según ellos equivalentes, exprese de un modo humano aquellas verdades divinas» <sup>4</sup>.

Señalamos la identidad general de puntos de partida y de actitudes

---

1. Véase, por ejemplo, J. RIVIERE, *Modernisme*, en DTC 10, 2010 ss.

2. *Enc. Humant Generis*: AAS, 42 (1950), 564.

3. *Ib.* 565.

4. *Ib.* 566.

e ideales, sin pretender en absoluto aludir a una idéntica trayectoria espiritual en las personas. Urge hacer constar que ahora no ha habido ningún Loysi, ni ningún Tyrrell. La docilidad a la Iglesia ha prevalecido sobre cualquier otra consideración humana en quienes han podido equivocarse, pero lo han hecho con un sincero deseo de apostolado, con un interno impulso y ardiente afán de romper las barreras que separan entre sí a las personas buenas y honradas para pasar por alto las cuestiones que dividen a los hombres, combatir en unión de fuerzas el invadente ateísmo y aun reconciliar opiniones contrarias en el campo dogmático <sup>5</sup>.

Pero salvados así todos los respetos a las personas, que un deber de justicia nos impone, es preciso subrayar el paralelismo histórico de esas dos actitudes, nacidas ambas en un ambiente de excepticismo pesimista, bajo el influjo de un complejo de inferioridad y con un idéntico afán de renovación y de superación en el modo de hacer y de presentar ante el mundo la teología.

Acabamos de aludir al influjo que en ambas situaciones históricas, la de principios y la de mediados de siglo, ha ejercido ese que hemos llamado «complejo de inferioridad». Ese elemento lo ha señalado en los teólogos de la Teología Nueva el Papa Pío XII, cuando ha visto en ellos «un temor de que los tengan por ignorantes de los progresos de la ciencia» <sup>6</sup>.

Que el Modernismo estaba saturado de idéntico temor malsano, es evidente. Ha fallado en ambos casos el sentido de la seguridad en la verdad inmutable y conseguida. Ha seducido demasiado el aparatoso despliegue de las ciencias profanas. Ante su empuje arrollador, no ha habido dificultad en abandonar posiciones, que un tiempo pasaban por irrefutables, con tal de no tomar una falsa postura, de no hacer el ridículo en el concierto de los sabios. ¡Cómo si la verdad tuviera que temer de nada ni de nadie, y como si las verdades una vez adquiridas pudieran llegar a ser falsas, o pudiera haber nunca verdadero conflicto entre los resultados ciertos de la ciencia y los enunciados dogmáticos de la fe! Por esa inseguridad interior, por ese temor humano de no aparecer retrasados o ignorantes, lo que en un principio fué buen deseo de adaptación para hacer triunfar la verdad revelada, se deslizó insensiblemente hacia el vago sentimiento de lagunas y fallos en la verdad católica, hacia un cierto ideal de integración de lo verdadero, venga de donde venga, hacia la conciencia de la necesidad urgente de acomodarse a los postulados científicos del momento histórico, hacia la superación de lo tradicional por lo nuevo, soñando imprudentemente en un dogma fácilmente aceptable por todos, aun por aquellos radicalmente incapacitados para aceptarlo porque no han pensado nunca en ceder a las exigencias mínimas de un verdadero holo-

---

5. *Ib.* 564.

6. *Ib.* 564.

causto de nuestra razón en aras de los derechos soberanos de la revelación y del testimonio de Dios.

NI es extraño que dos veces en medio siglo se hayan producido actitudes ideológicas y psicológicas semejantes. El planteamiento y solución de los problemas teológicos exigen una base filosófica de solidez incontrastable. Y esa base ha fallado dos veces. De los modernistas afirmó Pío X que «ensalzando con palabras grandilocuentes la filosofía moderna y despreciando la escolástica, abrazaron la primera, deslumbrados por sus aparatosos artificios, no por otra razón sino porque su completa ignorancia de la segunda les privó de los argumentos necesarios para distinguir la confusión de las ideas y refutar los sofismas» <sup>7</sup>. De los que hoy propugnan una teología nueva, ha dicho igualmente Pío XII: «Es altamente deplorable que hoy día algunos desprecian una filosofía que la Iglesia ha aceptado y aprobado, y que con petulancia llaman anticuada en su forma y racionalística en sus procedimientos. Conceden que la filosofía que se enseña en las escuelas, con su lúcida exposición y solución de los problemas, con su exacta precisión de los conceptos y con sus claras distinciones, pudo ser apta preparación al estudio de la Teología, adaptándose perfectamente a la mentalidad de la Edad Media; pero creen que no es un método filosófico que corresponde a la cultura y a las necesidades modernas» <sup>8</sup>. Ante semejante desprecio del pensar y del método escolásticos, desprecio señalado por los Papas hoy como ayer, es imposible no recordar las tajantes palabras de la encíclica «Pascendi»: «Ridiculizan generalmente y desprecian la filosofía y teología escolásticas; y ya hagan esto por ignorancia o por miedo, o, lo que es más cierto, por ambas razones, es cosa averiguada que el deseo de novedades va siempre unido con el odio del método escolástico, y no hay otro más claro indicio de que empieza uno a inclinarse a la doctrina del Modernismo, que el comenzar a aborrecer el método escolástico» <sup>9</sup>. Al cabo de casi un siglo vuelve a ser de actualidad la proposición condenada por Pío IX: «El método y principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la Teología, no conviene en manera alguna a las necesidades de nuestro tiempo y al progreso de las ciencias» <sup>10</sup>. ¡Ojalá no tuviéramos de nuevo la experiencia de los frutos amargos que ese desprecio de la Escolástica ha producido en la Teología Nueva como en la crisis del Modernismo!

Acabamos de oír a Pío X señalando como causa y origen de este desprecio de la Escolástica el afán inmoderado de novedades. En realidad también ahí encontramos un claro paralelismo entre los dos momentos históricos que estamos enfrentando. Sobre el afán de novedades del Moder-

7. Enc. *Pascendi*: ASS, 40 (1907), 636.

8. Enc. *Humani Generis*: AAS, 42 (1950), 573.

9. ASS, 40 (1907), 636.

10. *Syllabus*, prop. 13: ASS, 3 (1867), 169 s.

nismo hay un largo párrafo en la Encíclica «Pascendi», del que son las siguientes palabras: «Ya cuanto hasta aquí hemos dicho manifiesta, de cuán vehemente prurito de novedades están animados tales hombres... Quieren introducir novedades en la Filosofía, principalmente en los Seminarios eclesiásticos... Para renovar la Teología, quieren que la que llamamos racional, tome por fundamento la filosofía moderna, y exigen principalmente que la Teología positiva estribe en la Historia de los Dogmas. Reclaman también que la Historia se escriba y enseñe conforme a su método y a las modernas prescripciones. Ordenan que los dogmas y su evolución se pongan en armonía con la ciencia y con la historia» <sup>11</sup>. Y continúan las novedades y reformas en la Catequesis, en el Culto, en el régimen de la Iglesia, en la Moral, en el Clero, concluyendo el Papa: «¿Qué queda intacto en la Iglesia, que no deba ser reformado por ellos y conforme a sus opiniones?» El ámbito de las reformas es sin duda mucho menor en la Teología Nueva. Pero aún así, el ansia de novedades señala una de sus características más acusadas. Pío XII lo ha dicho repetidas veces. Al Papa le consta que «no faltan hoy, como en los tiempos apostólicos, quienes aman la novedad más de lo debido; quienes pretenden reformar completamente la Teología y el método que actualmente, con la aprobación eclesiástica, se emplea en la enseñanza teológica»; quienes piensan «es necesario que la Teología, según los diversos sistemas filosóficos, que en el decurso del tiempo le sirven de instrumento, vaya sustituyendo los antiguos conceptos por otros nuevos»; quienes no creen que la Historia de los dogmas deba consistir en otra cosa que en «exponer las varias formas que sucesivamente ha ido tomando la verdad revelada, según las varias doctrinas y opiniones que a través de los siglos han ido apareciendo»; quienes para expresar las verdades de la fe quisieran sustituir las nociones y expresiones tradicionales «por las nociones hipotéticas y expresiones fluctuantes y vagas de una moderna filosofía, flor del campo que hoy existe y mañana cae»; quienes a las enseñanzas pontificias, claras y definidas, sobre la Iglesia, «hacen prevalecer un concepto vago que dicen haber sacado de los antiguos Padres» <sup>12</sup>. ¿No habrá que preguntar también ahora, qué es lo que queda intacto en la noción del dogma, en la inmutabilidad de la revelación, en la concepción de la Teología, en los fundamentos racionales de la religión y de la fe?

El afán de novedades pretende apoyarse en la filosofía para lograr construir un edificio verdaderamente científico. Pero no en la filosofía tradicional, no en la Escolástica, que es objeto de risa y de desprecio, hoy para los teólogos de la Teología Nueva, como ayer para los Modernistas. ¿Qué hacer entonces? ¿A dónde encaminarse en busca de un apoyo filo-

11. ASS, 40 (1907), 631.

12. Enc. *Humani Generis*: AAS, 42 (1950), 564, 566, 567, 568.

sófico, de unos principios que sirvan para intentar una ciencia teológica, capaz de no ruborizarse ante las modernas ciencias profanas? La solución de este problema, planteado igual en el Modernismo que en la Teología Nueva, nos vuelve a situar otra vez ante una actitud paralela en ambos movimientos históricos. Entonces y ahora, dejando a un lado como anticuada y pasada de moda la filosofía escolástica, se han puesto los ojos en los sistemas filosóficos modernos, para buscar en ellos imprudentemente los fundamentos de la Teología y del Dogma. Largamente ha expresado Pío X en su encíclica «Pascendi» las preferencias filosóficas del Modernismo. Partiendo del agnosticismo, que se encierra en los puros fenómenos sin poder llegar al conocimiento de verdades transcendentales, no hay otro camino para alcanzar la verdad religiosa que el de la inmanencia vital. Dios, la religión, el dogma, la fe, son otras tantas exigencias de la vida, sin más realidad que un valor simbólico, sobre el que el entendimiento humano reflexionará para expresar el objeto y la causa de su sentimiento íntimo en fórmulas necesariamente sujetas al continuo fluir del tiempo y a las leyes universales de la evolución histórica. La tentación era fácil. El inmanentismo y el evolucionismo llenaban el ámbito científico, y quienes temían aparecer retrasados en el mundo de la ciencia, encontraban ahí el camino para hacer una teología, y aun una religión, más acomodadas a la moda de su tiempo <sup>13</sup>. El Modernismo sucumbió a la tentación. La voz de Pío X hubo de alzarse para condenarlo; y en su condena quedaba proscrito el conato de adaptación a las filosofías efímeras e inconsistentes de lo que por fuerza tiene que ser incommovible para ofrecer base racional suficiente a la fe y a su explicación científica.

Al cabo de 50 años la misma tentación ha surgido otra vez. Algunos teólogos han vuelto a experimentar su terrible seducción y su atrayente halago. Y como también ellos se habían sentido inferiores ante la superioridad de la ciencia profana de su tiempo, y como ellos también en ese complejo de inferioridad se habían desdeñado de profesar y de estudiar la filosofía tradicional, aquella sana filosofía de la que ha dicho el Pontífice reinante que «es ya como patrimonio heredado de las precedentes generaciones cristianas y goza además de una autoridad de orden superior por cuanto el mismo Magisterio de la Iglesia ha comprobado en la balanza de la divina revelación sus principios y principales asertos, manifestados y definidos paulatinamente por hombres de eximio talento» <sup>14</sup>, como todo esto no pesaba para ellos nada ante el afán de ponerse a tono con la moda del momento científico, volvieron a sucumbir a la seductora tentación y a repetir una vez más el inútil empeño de vaciar el dogma y la teología en los moldes filosóficos de última hora, actitudes más que sistemas, en

13. ASS, 40 (1907), 596 ss.

14. Enc. *Humani Generis*: AAS, 42 (1950), 571.



las que se debaten los pensadores profanos con un violento ir y venir, a nada más semejante que al furioso oleaje del mar azotado por la borrasca. ¡Buen fundamento para cimentar el edificio sólido de la fe, de la religión y de la teología! Pío XII nos ha descrito el desconcierto doctrinal de los pensadores alejados de la Iglesia descubriéndonos sus principales direcciones ideológicas: un evolucionismo, que «pretenden extender al origen de todas las cosas sosteniendo con osadía la hipótesis monística y panteísta de un mundo sujeto a evolución perpetua»; un existencialismo, que «rechaza las esencias inmutables de las cosas», «se preocupa sólo de la existencia de cada una de ellas», y «o es ateo o impugna al menos el valor del raciocinio metafísico»; un historicismo, que «se atiene sólo a los acontecimientos de la vida humana, y destruye toda verdad y ley absoluta»<sup>15</sup>. Entre el bullir de esos errores, Pío XII, Maestro Supremo y augusto Vigía del depósito revelado, ha denunciado en los fautores de la Teología Nueva el afán imprudente de asimilarios y de acomodar a ellos nuestro pensar teológico. También él ha levantado su voz para condenar ese conato de «formular el dogma con las categorías de la filosofía moderna, ya se llame inmanentismo, idealismo, existencialismo, o de cualquier otra manera». También él ha desenmascarado el absurdo de creer, con una idea evolucionista e historicista del dogma, que «los misterios de la fe no pueden nunca expresarse con conceptos plenamente verdaderos, sino sólo con conceptos aproximativos, en continuo cambio, por los que la verdad se indica, sí, en cierta manera, pero también necesariamente se desfigura». También él ha condenado un programa falsamente renovador de la teología, que consistiese en «tomar cualquier filosofía o doctrina opinable y añadiéndole algunas correcciones o complementos, si fuera preciso, exponerlas en armonía perfecta con el dogma católico», aunque para poder lograrlo haya que empezar por «disminuir el significado de éste y librarlo de la manera de hablar tradicional en la Iglesia y de los conceptos filosóficos usados por los doctores católicos, dejándolos simplemente en las expresiones empleadas por la Sagrada Escritura y por los Santos Padres»<sup>16</sup>.

Estamos así otra vez ante un paralelismo perfecto: dos veces, a principios y a mediados del siglo XX, se ha intentado estructurar la teología sobre la base de las filosofías modernas; y dos veces ha sufrido la teología las fatales consecuencias de una contaminación de elementos extraños, que, lejos de renovarla, han amenazado sepultarla en el fracaso. Pío XII, como Pío X, han condenado el vano intento; y, haciéndolo así, han salvado de la ruina a nuestra ciencia sagrada. La encíclica «Pascendi» y la encíclica «Humani Generis» se corresponden también en este punto perfectamente.

15. *Ib.* 562 s. 574.

16. *Ib.* 565 s.

Como se corresponden igualmente en una inmediata consecuencia de la mayor importancia. Quien pretende innovar, necesita independencia y libertad de movimientos. Es imposible que sufra en paciencia el freno del Magisterio eclesiástico, puesto por Dios providencialmente para limitar falsas libertades en materia de doctrina. No lo sufrieron los Modernistas, de quienes escribe Pío X que, entre las tres cosas que tienen por principalmente contrarias a sus conatos, tropiezan con el Magisterio eclesiástico. «Por eso se esfuerzan con todo empeño por menoscabar y debilitar su autoridad, ya pervirtiendo sacrilegamente su origen, naturaleza y derechos, ya repitiendo con libertad las calumnias de los adversarios contra ella. Conviene a la grey de los Modernistas lo que escribía con suma tristeza Nuestro predecesor: los hijos de las tinieblas acostumbraron atacar a la Iglesia con absurdas calumnias, y llamarla, cambiando la fuerza y razón de los nombres y de las cosas, amiga de la oscuridad, fautora de la ignorancia, enemiga de la luz y progreso de las ciencias»<sup>17</sup>. Parecerá que los teólogos de la Teología Nueva han hablado con más moderación del Magisterio de la Iglesia. Mas en realidad, también a ellos les ha resultado desagradable la sumisión que le deben. Querrían mayor campo de acción, mayor libertad de movimientos. Es Pío XII quien nos dice de ellos que «intentan sustraerse a la dirección del sagrado Magisterio y por este motivo están en peligro de apartarse insensiblemente de la verdad revelada»<sup>18</sup>; que pretenden «conmensurar la doctrina del Magisterio con la de las Sagradas Escrituras explicadas por los exégetas de un modo meramente humano»<sup>19</sup>; que presentan el Magisterio vivo de la Iglesia «como impedimento del progreso y obstáculo de la ciencia, como un freno injusto que impide el que algunos teólogos más cultos renueven la Teología»<sup>20</sup>. No podía ser de otro modo. Si el Magisterio eclesiástico es uno de los beneficios más insignes concedidos por Dios a los pensadores católicos, beneficio cuya necesidad se ven obligados a confesar los mismos disidentes cuando «tienen que lamentar públicamente la discordia que reina entre ellos en las cuestiones dogmáticas»<sup>21</sup>, lo es sobre todo porque pone un dique a la licencia en el opinar, porque encauza el esfuerzo de los teólogos y no le deja desparramarse inútilmente perdiendo su cohesión y su seguridad de doctrina, porque defiende la verdad revelada de contaminaciones externas y la mantiene, en medio de las cavilaciones humanas de teorías y de sistemas, pura y limpia, como salió de labios de Dios.

Los rasgos diversos, que hasta ahora hemos ido enfrentando y comparando, sirven de sobra para llevarnos a la conclusión, de que realmente la

17. *Enc. Pascendi*: ASS, 40 (1907), 637 s.

18. *Enc. Humani Generis*: AAS, 42 (1950), 564.

19. *Ib.* 569.

20. *Ib.* 567.

21. *Ib.* 563.

actitud psicológica e ideológica de la Teología Nueva se asemeja mucho a la del Modernismo, de que ambos fenómenos históricos presentan caracteres extremadamente semejantes y de que la posición tomada hoy por Pío XII tiene su perfecto paralelismo en la posición tomada por Pío X hace medio siglo, por más que las fórmulas puedan parecer más suaves y los juicios y las apreciaciones se expresen con mayor moderación y mesura.

## II

Mas ello nos plantea un nuevo problema: esas semejanzas en ambos fenómenos históricos, ¿inducen a afirmar un influjo causal entre ellos? ¿Es la Teología Nueva un nuevo brote del Modernismo, que parecía definitivamente terminado? ¿Es un fruto retrasado de la actitud modernista de hace 50 años?

El tema de la supervivencia del Modernismo ha sido utilizado más de una vez como bandera de combate por quienes quisieran hacer creer que la Iglesia ha fracasado en las medidas adoptadas para combatirlo. Evidentemente el Modernismo, como organización frente a la Iglesia y como sistema doctrinal, puede darse por muerto y sepultado hace ya muchos años. Mas el problema subsiste si se pregunta, no por el sistema ni por la organización, sino por la actitud ideológica.

Claro, que para solucionarlo será necesario empezar por precisar lo que debe entenderse en ese sentido por Modernismo. Vamos a intentarlo. Precisamente para decidir si era posible o probable un nuevo brote del error condenado por Pío X, describía en 1923 el P. Leoncio de Grandmaison las que él estimaba características del Modernismo. Se fijaba en dos muy importantes como actitud frente al dogma y a la enseñanza de la Iglesia. Ante todo, el «afirmar que en puntos definidos, que interesan el fondo doctrinal o moral de la religión cristiana, puede haber conflictos reales entre la posición tradicional y la moderna»; después, «el sostener que en caso de conflicto, es preciso adaptar lo tradicional a lo moderno, retocándolo y, si hace falta, cambiándolo radicalmente o abandonándolo»<sup>22</sup>. Con esas características ante los ojos, concluía entonces el P. Grandmaison, un poco a priori, que no era probable volviese a darse una nueva crisis modernista en la Iglesia. Pero, ¿podríamos sinceramente afirmar lo mismo ahora y a posteriori?

La encíclica «*Humani Generis*» nos habla de algunos católicos, amigos de novedades, que pretenden recortar los dogmas «librándolos de todo elemento añadido a lo que significa para ellos su expresión pura y simple

22. *Une nouvelle crise moderniste est-elle possible?*, en «*Études*» 176 (1923), 644.

en la Escritura y en los Padres»<sup>23</sup>. Sólo así creen que puede el dogma formularse con las categorías de la filosofía moderna, como lo exigen las necesidades de hoy. Tales teólogos propugnan una radical depuración del dogma, que prescinde de las nociones y conceptos que enseñó la filosofía tradicional, sin pararse siquiera en las nociones sancionadas solemnemente por los Concilios ecuménicos y «convirtiendo de hecho el dogma en frágil caña agitada por el viento», según expresión de Pío XII<sup>24</sup>. Semejante «relativismo dogmático»<sup>25</sup>, aunque presente una forma distinta del relativismo profesado por los Modernistas, ¿no se inspira en un espíritu idéntico al de ellos, coincidiendo en la preferencia de lo moderno sobre lo tradicional, aun a costa de retocarlo y variarlo, ante lo que se quiere dar como exigencias del momento histórico que vivimos? ¿No son esas las características señaladas por Grandmaison como piedra de toque para saber dónde se encuentran actitudes modernistas? Ni parece llevarnos a una conclusión distinta la consideración atenta de los errores particulares condenados por Pío XII, «errores, dice él, manifiestos, contra verdades conocidísimas»<sup>26</sup>, admitidas también por el afán de pensar el dogma con categorías modernas, que se aceptan sin discusión para estar al día con las preocupaciones de nuestro siglo. Así se ha podido llegar a «negar que el mundo tuviera principio» y que «su creación fuera libre, procediendo de la necesaria liberalidad del amor divino»; así se ha «negado a Dios la presciencia eterna e infalible de las acciones libres de los hombres»; así «se ha puesto en discusión si los ángeles son personas y si la materia difiere esencialmente del espíritu», así «se ha destruido el concepto de pecado original y el más general de pecado, en cuanto ofensa de Dios, como la idea de la satisfacción que Cristo ha ofrecido por nosotros»<sup>27</sup>. Todas estas nociones y conceptos las encuentran demasiado alejadas del pensamiento moderno, y por lo mismo las suprimen de un plumazo, aunque al suprimirlas tengan que borrar por fuerza páginas venerandas, escritas bajo la asistencia infalible del Espíritu Santo en los Concilios de Trento, y del Vaticano. ¿Queremos un ejemplo todavía más característico? Ahí está la doctrina de la transubstanciación, doctrina definida solemnemente y aun expresión canonizada en Trento. La Teología Nueva se encuentra con el conflicto que cree surgir entre esa doctrina y la filosofía moderna: «la doctrina católica de la transubstanciación eucarística está basada sobre un concepto filosófico de sustancia, que no dudan en dar hoy por anticuado». ¿Qué hacer? Corregir la doctrina tradicional para adaptarla a las exigencias de las filosofías de hoy. «Redu-

---

23. Enc. *Humani Generis*: AAS, 42 (1950), 565.

24. *Ib.* 567.

25. *Ib.* 566.

26. *Ib.* 571.

27. *Ib.* 570.

cir la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía a un mero simbolismo, en el que las especies consagradas no sean otra cosa que señales externas de la presencia espiritual de Cristo y de su unión íntima con los fieles, miembros suyos en su Cuerpo Místico»<sup>28</sup>. Será imposible buscar un ejemplo que caracterice mejor la actitud interna de los teólogos de la Teología Nueva. Para ellos no hay barreras ningunas cuando se trata de expresar en categorías modernas el dato revelado: ni la expresión tradicional del dogma, ni su consagración solemne por los Concilios, ni siquiera la identidad de su contenido y la perpetuidad de sentido con la revelación divina. ¿No es esa actitud, característica en el pensamiento modernista? Es imposible negar que esta actitud, la expresión que ha obtenido en determinados teólogos, sus motivos, sus tendencias, sus soluciones tienen una extraña semejanza con el cuadro presentado por la crisis del Modernismo. Y como las ideas no nacen por generación espontánea, hay que confesar que la semejanza se explicaría muy bien estableciendo un nexo causal y un influjo, todo lo difuso que se quiera, pero real y verdadero, sin que haya que extraviarse en buscar conexiones sistemáticas ni influencias de organizaciones, que ciertamente no existen.

Cuando en 1923 el P. Grandmaison se pronunciaba claramente contra la probabilidad de que se produjese en la Iglesia una nueva crisis modernista, fundaba su juicio en consideraciones, que, volviéndolas a pensar hoy ante la presencia histórica de la Teología Nueva, nos parecen llevar exactamente a la conclusión contraria.

Para el P. Grandmaison el hecho de que los errores modernistas son hoy mejor conocidos, aleja la probabilidad de que se repitan. El Modernismo no nació de una rebelión, sino en el terreno de los hechos, al encontrarse con las dificultades que a la fe y a la teología presentaban las ciencias, la historia, la exégesis. Sin defensa por una teología superficial, llenos de la inquietud entonces reinante, respirando las ansias de independencia y desconfianza hacia la Iglesia en un ambiente saturado de evolucionismo, los teólogos no supieron mantenerse y sucumbieron a la tentación modernista<sup>29</sup>. La descripción es exacta. Pero ¿sería forzar mucho las cosas el aplicarla a los creadores de la Teología Nueva?

Otro elemento decisivo para alejar la probabilidad de un nuevo Modernismo, lo constituía para el P. Grandmaison el progreso que recientemente había alcanzado la cultura religiosa situándose al nivel de la cultura general. A quien se ha iniciado seriamente y de verdad se ha aficionado a la doctrina escolástica, lo creía él inmunizado contra el gusto excesivo y global de lo moderno que forma la atmósfera del Modernismo<sup>30</sup>. Exacto, otra vez. Pero es eso precisamente lo que ha fallado. Y

28. *Ib.* 570 s.

29. *L. c.*, en «*Etudes*», 176 (1923), 645-648.

30. *Ib.* 649-651

lo hemos visto. A pesar de las recomendaciones de Pío X y de Pío XI a favor de la Escolástica, su estudio y su estima se han descuidado en algunos medios teológicos, ni más ni menos que se habían descuidado en los pródromos del Modernismo a pesar de los ingentes esfuerzos de León XIII. Y si nuestra cultura religiosa ha llegado a progresar hasta ponerse a nivel de la cultura general, no ha podido ser una cultura religiosa de sólidos fundamentos, cabalmente por haber omitido el estudio serio de la filosofía escolástica.

Finalmente, ¿qué diremos de la última consideración que persuadía el P. Grandmaison a negar la probabilidad de una nueva crisis modernista? ¿Es verdad que, porque se ha trabajado mucho entre los católicos en el estudio científico de las fuentes y de la teología positiva, los jóvenes ansiosos de ciencia ya no han tenido que ir a beberla en las fuentes viciadas de los escritores heterodoxos, como lo hicieron en la época del Modernismo?<sup>31</sup> ¿No estamos asistiendo más bien a un trasvase de ideas, de preocupaciones y de métodos, en el que los contornos entre los escritores heterodoxos y los ortodoxos quedan tan difuminados que apenas pueden apreciarse?

Ante los hechos resultan, pues, inconsistentes las consideraciones que con buena voluntad y con excesivo optimismo expresaba hace 30 años el P. Grandmaison. La historia no parece haberle dado la razón. Y la historia se impone.

A raíz de la encíclica «*Humani Generis*» un autorizado comentarista de la misma establecía una distinción para responder al problema que hemos planteado de las posibles relaciones entre el Modernismo y la Teología Nueva. El Modernismo fué una crisis; la Teología Nueva no ha llegado a serlo, sino más bien una fermentación que prepara la crisis<sup>32</sup>. La distinción podrá parecer sutil y hasta se sentirá uno tentado de ver en ella el ingenioso eufemismo de una caridad sincera. Sin embargo hay en la encíclica «*Pascendi*» y en la encíclica «*Humani Generis*» expresiones que, al descubrirnos las intenciones de Pío X y de Pío XII, fundamentan una apreciación semejante. Pío X escribe su encíclica cuando han fracasado ya «la dulzura primero, la severidad después, y por último, muy contra su voluntad, hasta las reprensiones públicas. No puede guardar silencio por más tiempo; prolongarlo, sería un crimen. Es tiempo de arrancar la máscara a esos hombres y de mostrarlos a la Iglesia entera tales cuales en realidad son»<sup>33</sup>. En cambio Pío XII se dirige a los hijos, descarriados por un celo imprudente, por una falsa ciencia y por un afán de novedades, y se propone «indicarles, no sin ansiedad, los peligros de engaño a que se

31. *Ib.* 652-655.

32. P. PARENTE, *Struttura e significato storico-dottrinale dell' Enciclica «Humani Generis»*, en «*Euntes Docete*» 4 (1951), 24 s.

33. AAS, 40 (1907), 595.

exponen»<sup>34</sup>, «prefiriendo el Papa oponerse a los comienzos más bien que ofrecer un remedio en una enfermedad inveterada»<sup>35</sup>.

Esta diversidad de intenciones pontificias, que no hay que agrandar hasta el punto de hacer de la «*Humani Generis*» una simple llamada paternal o una voz de alerta o una prudente amonestación, privándola de su carácter de condenación abierta y clara de doctrinas y tendencias, proscritas por el Papa sin atenuaciones ni paliativos, basta sin duda para comprender el tono diverso de las dos encíclicas<sup>36</sup>.

Como nos introduce perfectamente en su diferente contextura. La encíclica «*Pascendi*» denuncia un sistema coherente, que ella se esfuerza por exponer en sus falsos principios y en sus lamentables consecuencias. La encíclica «*Humani Generis*» examina más bien métodos nuevos y tendencias reformadoras, todo más difuso, menos organizado, aunque tampoco aquí faltan los errores concretos condenados por el Papa, ni los principios de donde han brotado semejantes errores. Cambia el tono, cambia el matiz, cambia el acento. Lo que no cambia es la valiente intransigencia de quien es, por misión de Cristo y por asistencia infalible del Espíritu Santo, defensor auténtico de la verdad, guardián insobornable de la revelación divina, juez inapelable de los sistemas y de las doctrinas que amenazan con destruir, con oposiciones claras o con amalgamas oscuras, ese depósito sagrado, fundamento inmutable de nuestra fe y de nuestra ciencia teológica. Esa actitud es la que no cambia, en la voz de Pío X, ni en la de Pío XII, igualmente sagradas, igualmente venerables, igualmente orientadoras para la Iglesia, en la crisis modernista como en la fermentación espiritual de la Teología Nueva. Por eso las dos excelsas figuras que han enaltecido el magisterio pontificio en los comienzos y en los mediados del siglo XX, quedarán unidas en la historia, como es imposible no unir las desviaciones teológicas que han dado ocasión a las luminosas enseñanzas de su supremo magisterio.

### III

Con el tono distinto de la encíclica «*Humani Generis*» está indisolublemente unido el tema de los frutos positivos que en ella ha cosechado la sagrada Teología. Pío XII ha hecho mucho más que denunciar y condenar un falso método teológico. Ha esbozado los caminos de una Teología auténticamente católica, que llene a la vez las exigencias científicas de

34 AAS, 42 (1950), 571.

35. *Ib.* 577.

36. Cf. A. A. ESTEBAN ROMERO, *Repercusión que ha tenido la encíclica «Humani Generis» y comentarios que ha suscitado*, en «XI Semana Española de Teología», Madrid, 1952, 159.

nuestro siglo. Al hacerlo, su influjo positivo, altamente beneficioso, se dejará sentir en nuestra Teología de hoy como en la Teología del futuro.

Los comentadores de la Encíclica han observado que su gran lección positiva consiste en la explicación de los derechos del Magisterio eclesiástico y de la necesidad de escucharlo <sup>37</sup>. Lo que no sabemos si se ha notado bastante es el esbozo, en sus líneas generales, de una Teología orientada y sostenida por el Magisterio; esbozo trazado maravillosamente en la encíclica y que opone a una Teología Nueva lo que debe ser la vieja y tradicional Teología ante las exigencias científicas modernas.

Decididamente el Papa orienta la Teología hacia el Magisterio vivo de la Iglesia. El Magisterio ante todo debe ser para el teólogo «norma próxima y universal de la verdad» <sup>38</sup>. Por eso en él está el punto de partida de la genuina investigación teológica, como ya lo había enseñado Pío XI.

Fué otro Pontífice, Pío IX, quien enseñó por su parte lo que Pío XII repite dos veces en la Encíclica: que «es deber nobilísimo de la Teología el mostrar cómo una doctrina definida se encuentre explícita o implícitamente en la Sagrada Escritura o en la divina Tradición» <sup>39</sup>. Es decir, que es labor del teólogo la investigación de las fuentes con el fin de encontrar en ellas lo que en ellas realmente está, como se lo ha certificado de antemano el Magisterio infalible de la Iglesia. El contacto con las fuentes de la revelación «proporciona a la Teología una juventud perenne. Una especulación que deje de investigar el depósito revelado sería una teología estéril» <sup>40</sup>, por desconocer los sublimes tesoros de la verdad, que nunca se agotan y gozan de fecundidad perenne.

Mas la investigación misma de las fuentes está también condicionada por el Magisterio. «La Teología positiva no es una ciencia puramente histórica», que pueda hacerse con la misma independencia y los mismos métodos de la historia profana. Dios no confió al Magisterio vivo de la Iglesia solamente la custodia de las fuentes en que se contiene la revelación divina. Le dió además «la misión de ilustrar y declarar lo que en las fuentes se encuentra sólo oscura e implícitamente». Por eso el teólogo que se acerca a la Sagrada Escritura o a la Tradición para buscar en ellas la doctrina propuesta por el Magisterio eclesiástico, sabe de antemano que no podrá, sin error ni equivocación, encontrar allí esa doctrina «en un sentido distinto del definido por la Iglesia» <sup>41</sup>. Es decir, aclara el Papa, que es método teológicamente equivocado pretender explicar la doctrina del Magisterio adaptándola a una explicación de la Escritura con exégesis puramente humana. El método verdadero es el inverso: exponer las fuentes

37. Cf. *ib.* 148.

38. Enc. *Humani Generis*: AAS, 42 (1950), 567.

39. *Ib.* 569 s.

40. *Ib.*

41. *Ib.* 569.



según la mente de la Iglesia, que ha sido constituida por Cristo intérprete de todo el depósito de las verdades reveladas. Su interpretación auténtica no es de los fieles, ni es de los teólogos; es exclusivamente del Magisterio eclesiástico.

Mas la labor de investigación positiva no es el único oficio de la Teología. La razón humana tiene que esforzarse por buscar un conocimiento de los misterios de la fe, en el que el aspecto especulativo de la elaboración teológica encuentra un campo amplísimo y fructuosísimo, señalado por el Concilio Vaticano y nuevamente recordado por Pío XII <sup>42</sup>. Ello supone una base racional en que se apoye la especulación del teólogo. Y también aquí tiene que decir su palabra el Magisterio eclesiástico.

«Hay una sana filosofía, patrimonio heredado de las precedentes generaciones cristianas», que un teólogo católico no puede impunemente desdeñar. «El Magisterio de la Iglesia, a quien incumbe vigilar sobre las disciplinas filosóficas para que los dogmas no sufran detrimento alguno de las falsas opiniones, ha comprobado en la balanza de la divina revelación sus principios y sus principales asertos, que poco a poco fueron determinando hombres de eximio ingenio». En esos principios y en esos asertos principales no le queda ya libertad al teólogo. Contando con ellos, «que están en perfecto acuerdo con la revelación», podrá investigar las más recónditas verdades, asegurar los fundamentos de la fe y recoger de modo útil y seguro los frutos de un sano progreso <sup>43</sup>. El ejemplo inmortal nos lo da aquí, y el Papa lo recuerda, el trabajo y la elaboración científica del Doctor Angélico <sup>44</sup>.

De ese modo la Teología que propugna Pío XII, es una Teología que empieza en el Magisterio de la Iglesia, que llevada de manos del Magisterio y orientada por su luz se adentra en la investigación de las fuentes sagradas de la revelación divina, que cuando quiere elaborar un sistema coherente y deducir nuevas conclusiones para penetrar con mayor inteligencia en el dato revelado, vuelve otra vez a recibir del Magisterio los elementos racionales que le sirvan de fundamento y de base. Es una Teología siempre de cara al Magisterio vivo de la Iglesia, que en el desconcierto reinante de sistemas pseudofilosóficos y de tendencias engañosas, sabe siempre sobrenadar y no anegarse, porque encuentra en la infalibilidad eclesiástica la roca firme que dejó, como preciado tesoro a las debilidades de nuestra pobre razón, la munificencia divina de Nuestro Redentor.

Claro, que una Teología así exige en el teólogo la sincera actitud de una reverencia sumisa y una rendida obediencia, que tenga a raya la petulancia de los humanos entendimientos. Así lo ha recordado Pío XII al final

---

42. *Ib.* 571.

43. *Ib.* 571 s.

44. *Ib.* 573.

de su encíclica <sup>45</sup>. Es una previa actitud de humildad, del todo necesaria para quien intenta el estudio de la ciencia sagrada. Actitud diametralmente opuesta a aquella otra actitud de soberbia, contra la que tan duramente habló San Pío X al referirse a los Modernistas <sup>46</sup>. La soberbia obceca el ánimo y le induce al error; la humildad esclarece los ojos y acerca a la verdad. Y cuando esa verdad es divina y pertenece a la sagrada penumbra del misterio; cuando se mide con categorías infinitas, no con las normas deficientes del pensar humano; cuando lleva en sí misma esplendores transcendentales, que ciegan más que iluminan la pobre razón del hombre; cuando querer abarcarla y sistematizarla es adentrarse en un piélago sin fondo y sin orillas: quien neciamente presume de sus fuerzas, sucumbe sin remedio en su tarea; sólo quien desconfía de sí en humildad de corazón y quien en un ambiente interno de piedad vivida, lejos de las profanidades del siglo, hace poco a poco sus ojos a la luz deslumbrante de Dios, es quien puede construir una auténtica ciencia sagrada, donde el equilibrio necesario entre lo positivo y lo especulativo esté orientado, sostenido y vigorosamente impulsado por el Magisterio vivo de la Iglesia, garantía suprema de toda ciencia de Dios.

---

45. *Ib.* 578.

46. *Enc. Pascendi*: AAS, 40 (1907), 635 s.